

MAGDALENA VELASCO KINDELÁN

Las hijas de Carlos V

María y Juana de Austria

la esfera  de los libros

1

La familia del emperador

Tordesillas, 1536

Se acercaba la navidad de 1536 y la emperatriz Isabel se dirigía con sus hijos hacia la ciudad de Tordesillas, a orillas del Duero, en la meseta castellana. El emperador Carlos los había citado allí a su regreso victorioso de Italia. Necesitaba manifestar ante todos que gobernaba en nombre de su madre, la reina de Castilla, doña Juana, perdida entre las nieblas de su locura.

La nieve caía continuamente desde hacía varios días y el frío era intenso. Se decía que era el invierno más gélido del que se conservaba memoria y moría la gente de frío.

La comitiva real había partido de Valladolid al mediodía y se acercaba con grandes dificultades a su destino. Tras los batidores, que apartaban la nieve, venía una carreta de bastimentos y después la carroza de las in-

fantas con sus damas. La pequeña Juana tenía dieciocho meses e iba en brazos de su aya principal, María Leyte. A su lado, doña Leonor de Mascareñas cuidaba atenta de la infanta María, toda seriecita con sus ocho años encantadores. Enfrente se sentaban doña Isabel de Quiñones y doña Guiomar de Melo.

Detrás venía la carroza del príncipe don Felipe, con su preceptor don Juan de Zúñiga y Requesens y otros servidores. Por último, la carroza de la emperatriz acompañada de sus damas, doña Estefanía de Requesens y doña Juana de Távara.

La nieve atraía la atención de la pequeña Juana que la señalaba con su manita mientras llamaba la atención de su aya. María Leyte le hablaba con lenguaje sencillo:

—¡Cuánta nieve! ¡Qué frío! ¿Lo ves, Juanita? ¿Ves qué blanca y qué fría?

—*Banca, fría* —repetía la niña con su media lengua.

María Leyte continuaba:

—Mi niña va a conocer a su papá y a su abuelita.

Ante la mirada severa de doña Leonor, se corregía:

—... A su señor padre el emperador y a su señora abuela la reina doña Juana.

La niña decía que sí con la cabecita.

La infanta María preguntaba si llegarían pronto a Tordesillas e intentaba recordar cómo era su abuela, a la que solo había visto una vez. En cambio, sí tenía muy grabada la imagen de su padre, el emperador: alto, poderoso, protector.

Un golpe suave a la puerta del coche hizo que doña Leonor levantara levemente la cortinilla. El que llamaba era el caballero mayor de la emperatriz, el señor marqués de Lombay, don Francisco de Borja, joven y gallardo, siempre al estribo de doña Isabel. Traía un pequeño objeto que introdujo por la rendija diciendo:

—Lo envía su majestad para la infanta doña Juana.

Era una ampolla de grueso cristal forrada de lana y llena de agua caliente que María Leyte se apresuró a poner contra el cuerpecito de la niña, como un calor materno.

El viaje no fue largo —sí incómodo—. En el viejo caserón de Tordesillas todo era piedra desolada. Cruzaron patios, subieron escaleras, atravesaron salas hasta llegar a los aposentos preparados para sus majestades y los infantes.

Un par de chimeneas encendidas proporcionaban cierto alivio al frío húmedo que las alfombras y los tapices —escasos— apenas lograban combatir. Los marqueses de Denia atendían como podían a la emperatriz, que acabó tomando en brazos a Juana porque lloraba de frío, mientras pedía a la marquesa un poco de caldo caliente para ella y sus hermanos.

La reina doña Juana recibió a la emperatriz y a sus hijos con su habitual aparente indiferencia; no dejó que le besaran las manos, escondiéndolas entre sus faldas. Con un gesto indicó a doña Isabel que se sentara y escuchó sus amables palabras que le anunciaban la próxi-

ma llegada de don Carlos tras dos años de ausencia, en los que ella, doña Isabel, había actuado como regente.

Al ser preguntada por su salud, doña Juana se quejó de sus piernas doloridas y de su vista cansada. Con todos estuvo desatenta y poco cariñosa. La emperatriz, en cambio, se mostró amable y paciente con ella, pues era bien sabido que la reina Juana padecía un trastorno de su juicio, por lo que alternaba momentos de lucidez con otros de franca locura.

Toda la noche estuvo nevando. El 19 de diciembre llegó un mensajero anunciando que el emperador estaba ya en Peñafiel y se acercaba a marchas forzadas. El mismo correo relató a doña Isabel cómo habían llegado por mar de Génova a Barcelona el 6 del mismo mes y emprendido el viaje a caballo por Lérida, Almazán, Burgo de Osma y Aranda de Duero, sin dejar de galopar entre la nieve y el barro.

Todos andaban atareados con los preparativos de su llegada. Las infantas lucieron esos días lindos vestidos y don Felipe estrenó ropilla de gala. Pero sobre todos brillaba doña Isabel con una saya verde con vivos de piel y su rubio cabello entretejido de perlas. ¡Era tan bella!

Mientras las damas esperaban en la enorme y destartalada sala de doña Juana, la emperatriz mandó a Felipe que se adelantara a la escalera, junto con los obispos de Burgos y Valladolid y otros nobles que habían ido llegando en días previos.

Cuando el emperador entró en el patio se alzó un clamor de alegría. Varios nobles y caballerizos le salieron al paso para sujetar el caballo y ayudarle a descabalgarse mientras lo saludaban y le besaban las manos. Él respondía muy alegre. En el primer tramo de escalera lo esperaba el joven Felipe, que, rodilla en tierra, le besó la mano y le dio la bienvenida. Carlos, emocionado, lo levantó, le abrazó y le miró con gran afecto. ¡Cuánto había crecido en su ausencia!

Pidió tiempo y lugar para asearse un poco y por fin llegó a la gran sala en la que estaban las damas. Se dirigió primero a su madre, la reina de Castilla, y rodilla en tierra le pidió la mano. Doña Juana, aunque no podía disimular su contento, no se la dio, limitándose a decir:

—Ya sabéis que no doy la mano. Me alegro mucho de veros bueno, hijo mío.

El emperador le preguntó por su salud y le dijo varias cosas amables.

Después se dirigió a doña Isabel su esposa y... ¡qué miradas!, ¡qué reverencia!, ¡qué abrazo!... Debajo del ceremonial se percibía el amor que se tenían. La emperatriz enseguida adelantó a la infanta María, que se acercó vergonzosa y sonriente, y su padre la abrazó y la besó en la cara. Luego, doña Isabel, cogiendo a la pequeña de los brazos de su aya, dijo:

—Señor, os presento a vuestra hija Juana.

Carlos la miró alegre, la tomó en brazos y le preguntó si era buena y ella, muy seriecita, dijo que sí.

Pasaron allí el tiempo de la navidad con mucho frío en lugar tan poco confortable, pero todo lo suplió la alegría familiar, la abundante comida, las ceremonias y cantos religiosos y la presencia continua de caballeros y damas. Las señoras mayores prepararon algunos juegos y mojigangas y las jóvenes, bailes y momerías.

Los emperadores estuvieron muy alegres, aunque don Carlos a veces se quedaba en medio del alboroto con la mirada absorta, como lleno de melancolía. Ese era su mal por tanta carga de preocupaciones: la bilis negra que le proporcionaba un humor cambiante, en ocasiones irascible y aciago. Pero aquella navidad fue feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre que carga sobre sus hombros con la responsabilidad de un imperio que abarca de norte a sur, de este a oeste gran parte del mundo.



Años más tarde, en Ocaña y en Toro, las damas recordaban con María y Juana los acontecimientos de aquellos días. A las infantas les gustaba mucho evocar así a su madre, a la que perdieron tan pronto. María guardaba algunos recuerdos propios, Juana solo los que le contaban, pero para ambas el amor de sus padres fue la urdimbre de su niñez, el modelo en el que mirarse.

Estas narraciones les transmitían un fuerte sentido de su posición y responsabilidad. Desde niñas entendieron que todo lo propio debía ceder ante la asombrosa dignidad de la que estaban los Austrias revestidos por derecho divino. En esta escuela del deber aprendieron a plantear su vida.

Fue una de las pocas navidades que pasó la familia reunida al completo. La hermosa pareja enamorada que formaban los emperadores quedó rota por la muerte de la emperatriz que dejó huérfanos de madre a los tres hijos, Felipe, María y Juana.

Carlos fue un padre ausente; gobernaba recorriendo a caballo un inmenso imperio y los niños quedaron al cuidado de ayas y preceptores. Cuando Felipe cumplió doce años el emperador dispuso la creación de la casa del príncipe y la de las infantas. Profesores y damas daban cuenta a don Carlos de sus progresos, consultándole todas las decisiones.

Quizá por todo ello siempre fueron tres hermanos unidísimos.

La casa de las infantas

Ocaña, 1540

El año 1540, tras la muerte de la emperatriz, el emperador mandó buscar un lugar tranquilo y saludable, lejos del tráfago cortesano, para acomodar la casa de las infantas. Alguien recordó aquel palacete de Ocaña, un pueblo agrícola y tranquilo, donde ya había vivido doña Isabel en las ausencias de su esposo.

Tuvieron gran pena los tres hermanos al separarse, en especial Felipe y María, acostumbrados a jugar juntos. Se imponían los criterios de la razón de estado y el corazón nada tenía que decir. Y tres niños huérfanos de madre, con el padre ausente, se vieron separados y el varón nombrado regente del reino siendo aún un adolescente. Bien es verdad que la regencia la ejercían el cardenal Tavera y el marqués de Lombay con Francisco de los Cobos como secretario y factótum.

Primero estuvieron las niñas en Arévalo, donde vivieron en el palacio del rey Juan II, pero el clima no sentaba bien a la infanta María, que tuvo algunas erupciones de piel, y las trasladaron a Ocaña. Decían que era sitio de buen aire y sano, que tenía buena casa y buena comarca y que estaba cerca de Madrid, pero lejos de toda conversación.

La villa de Ocaña había sido encomienda de la orden de Santiago, la cual dispuso allí de un palacio que era casa del Maestre de la orden y que en la actualidad pertenecía a la corona.

Allí se instalaron con bastantes carencias, y se creó una pequeña corte en torno a las infantas que recibían clases de doctrina cristiana, lectura y escritura, música, danza y labores. También les enseñaban latín. Pronto se vio que, a pesar de la diferencia de edad, Juana aprendía más rápido que María.

La mayor destacaba en las labores manuales, la danza y los juegos. Juana en la música y las lenguas. A las dos les gustaban las historias de la Biblia y pedían que se las repitieran muchas veces: Adán y Eva, el arca de Noé, la torre de Babel, José vendido por sus hermanos, David y Goliat...

Vivían bajo la tutela del conde de Cifuentes, el cual mantenía continua correspondencia con el emperador al que comunicaba aun las cosas más pequeñas y del que recibía instrucciones muy precisas: «Bien es —le

escribía— que las saquéis las veces que pareciere para recrear al campo, pues le aprovechará a su salud».

Las infantas vivían ajenas a la falta de fondos que atribulaba al conde. A veces tuvieron las damas que poner dinero propio para gastos básicos, pero luego se les restituyó.

Doña Leonor de Mascareñas, la camarera mayor, se ocupaba maternalmente de ambas y con ella estaban doña Guiomar de Melo y la condesa de Faro, junto con varias criadas y algunos pajes. Las hermanas disfrutaban de su mutua compañía y María se comportaba como una madrecita de la pequeña Juana.

En una de sus cartas al emperador, el conde de Cifuentes le decía: «La infanta María crece y engorda cada día y doña Juana está muy buena, y tan hermosa y tan graciosa como siempre, ha crecido mucho»

Había en el palacio dos profesores de letras, el bachiller La Cuadra y el bachiller Estrella. María había aprendido a leer a los siete años, «aunque no muy despiertamente; hele comenzado a vezar tomar la pluma y hacer algunas letras, dásele tan bien que espero tendrá vuestra majestad en breve carta escrita de su mano». Esto escribían los bachilleres al emperador, quizá deseando que fuera cierto. Juana fue más precoz que su hermana en lectura y escritura.

Leían vidas de santos y también las *Fábulas* de Esopo. Les enseñaban geografía e historia de España y de Europa y algo de números. También estudiaban

francés, además del portugués materno. Aprendieron a tañer la vihuela, a cantar y bailar y lo hacían con frecuencia con un maestro de baile que se llamaba Sebastián Sánchez.

Mucho aprendían de los profesores, pero quizá más de las damas que les enseñaban refranes, romances y villancicos. Juntas cantaban aquel conocido romance:

*¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan...!*

María era más práctica, Juana más reflexiva, más soñadora. Las damas les contaban muchos cuentos misteriosos en los que aparecían brujas y ánimas, animales y gigantes.

Allí en Ocaña tuvieron su primer contacto con la recién fundada Compañía de Jesús, que tanta importancia tuvo luego para ellas. El padre Fabro estuvo tres días en el pueblo y predicó ante su pequeño séquito. Tanto se ganó los corazones que dos de los capellanes se incorporaron poco después a la compañía.

A comienzos del año 1541 llegó un mensajero avisando de la llegada de su alteza don Felipe, que, de camino para Aranjuez, se detendría un tiempo con sus hermanas. ¡Cómo gozaron esos días! Felipe quería mucho a la infanta María, su compañera de juegos infan-

tiles, pero tenía predilección por Juanita y la protegía y cuidaba. Y ella sentía verdadera pasión por su hermano.

Acompañaba al príncipe un niño de su edad, Luis de Requesens, hijo de su tutor. Las infantas enseñaron a Felipe y su acompañante cada rincón de los jardines y de la casa y montaron todos a caballo por los alrededores. Por las tardes jugaron a las cartas con damas y pajes y escucharon al pequeño coro que estaba al servicio de las ceremonias litúrgicas.

El organista era Antonio de Cabezón, un gran virtuoso. Los cantores trenzaban y entretejían sus voces de una manera maravillosa que les encantaba. Uno de los cantores era Jorge de Montemayor, que componía versos profanos a los que Cabezón ponía música; las infantas los cantaban acompañadas de virginal y vihuela.

Pasaron muy alegres esos días, entre ellos el de la Epifanía del Señor. Se intercambiaron regalos y el príncipe Felipe obsequió a María una arqueta labrada y una redomica de agua de olor; a Juana dos relojes, uno de mesa y otro de cadena para llevar prendido al vestido. Ella estaba feliz y muy ufana decía que ya nadie la podría engañar con los horarios.

Cuando llegó el momento de la marcha de Felipe, se pusieron tristísimas. Pidieron entonces al conde de Cifuentes que les permitiese acompañar al príncipe hasta Aranjuez y conocer así aquel paraje de caza y descanso al que nunca habían ido. El conde conferenció con

las damas, pues pesaba sobre ellos la seguridad de las infantas. Finalmente convinieron en acceder a que fueran a pasar el día a Aranjuez y volvieran a dormir a Ocaña.

Oída la misa, salieron temprano en varias carrozas hasta la villa del Tajo, en un luminoso día de invierno. Pasearon por los jardines, navegaron por el río y comieron al aire libre. Hubo llantos a la hora de la despedida. Allí se quedó Felipe para pasar unos días de caza y las niñas volvieron a su rutina de Ocaña.

Unos meses más tarde, les avisaron de la visita del emperador, lo que provocó una gran fiesta en aquella villa agrícola y noble. Fue grande la alegría del encuentro y don Carlos estuvo muy afable con sus hijas y con todos. Tomó nota de sus adelantos educativos e insistió en la importancia de las lenguas: quería especialmente que hablasen francés, su lengua materna, la que aprendió en Gante y Bruselas.

Visitaron con él la hermosa capilla de la Esperanza, fundada por la Reina Católica, que tenía unas casas anejas para devoción y descanso, donde se alojaron.



Van pasando los años, y las infantas se convierten en jóvenes adolescentes, hermosas y cultas. Eran flechas

valiosas en la aljaba de su padre, instrumentos para conquistar y mantener el poder.

«Como flechas en la aljaba del guerrero son los hijos de la juventud...». Eso dice el salmo, y eso pensaba Carlos. También lo decían las ideas de la época: *Et tu, felix Austria, nube*. Tú, feliz Austria, cástate...

La joven Juana

Madrid, Toro, 1542

(Papeles de la princesa Juana. De su puño y letra)

En 1542 el emperador ordenó nuestro traslado desde Ocaña a Madrid, a las «casas de afuera», las del tesorero Alonso Gutiérrez, ese palacio plateresco en el que yo había nacido y que años más tarde compraría para edificar allí el convento que es la obra de mi vida.

Fueron tiempos felices en aquella casa fresca, rodeada de amplias huertas a las que salíamos a pasear. Creo que los mejores recuerdos de mi vida están unidos a este palacio que me hizo amar Madrid y desearlo como ciudad en la que vivir.

Recuerdo también que íbamos con frecuencia a Alcalá de Henares, donde vivíamos en el palacio arzobispal. Allí pasamos una vez la navidad los tres herma-

nos con nuestro padre. Guardo un leve y alegre recuerdo de aquellos días que ya no se repitieron más.

Pero, en especial, disfrutamos muchísimo las hermanas con la romería que hicimos al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura.

Muchísima gente salía a los caminos a ver a las hijas del emperador, y en todas partes nos aclamaban y bendecían. En cada pueblo salían con sus mejores trajes, bailaban con sus castañuelas y cantaban sus cantos tradicionales. Nosotras saludábamos a todos con mucha alegría, y disfrutábamos del paisaje, de las novedades y de la belleza del santuario. Al mismo tiempo, veíamos por vez primera la pobreza de estas tierras y lo aquejados que estaban por las enfermedades. Hubiéramos querido ayudar a todos, pero solo disponíamos de algunas monedas que dábamos con mucha alegría.

Habíamos oído que hacía poco tiempo la Virgen se había aparecido en México a un indio y que había dejado impresa su imagen en su capa aguadera. Los jerónimos que custodiaban el monasterio guadalupano nos contaron con todo detalle las consoladoras palabras que la Virgen dirigió al indio Juan Diego en su lengua nativa.

Nos dio mucha alegría ver cómo Nuestra Señora amaba a los nativos de las Indias que ya eran cristianos. Era la herencia maravillosa de los abuelos de nuestros padres, los reyes Fernando e Isabel. Dejamos en Guadalupe, de parte del emperador, una generosa li-

mosna para construir en México la ermita que la Virgen había pedido.

Con el tiempo mandé también poner en mis Descalzas una capilla de la Virgen de Guadalupe.

Así pasaba nuestra infancia.

Recuerdo que uno de mis profesores me propuso para traducción del latín una frase cuyo significado al principio no supe aplicar a mi destino, aunque más tarde comprendí bien sus consecuencias. Traducida a nuestro castellano la frase decía: «Hagan otros la guerra; tú, feliz Austria, cástate, porque los reinos que Marte da a los otros, a ti te los concede Venus».

Hoy pienso que tal cosa no se logra sin muchas penas y trabajos que en su mayor parte recaen sobre nosotras, las mujeres de esta gran Casa de Austria. Para animarme, a veces mi hermana me recordaba que nuestros padres se habían casado por razones de estado, pero se habían amado mucho, lo que les había dado gran felicidad.

¿Cuál sería mi destino? ¿Y el de mis hermanos? ¿Lograríamos ser felices aceptando las exigencias de nuestra posición?

Aún muy joven, Felipe contrajo matrimonio en Salamanca con nuestra prima María Manuela de Portugal, que trajo consigo una gran dote. Sus padrinos fueron los duques de Alba. A esta boda María y yo no asistimos por orden de nuestro padre.

Poco duró su matrimonio; la pobre María murió en la flor de su vida, tras dar a luz a un hijito al que lla-

maron Carlos. Las damas me explicaban que los partos eran un momento muy peligroso en la vida de una mujer, fuera cual fuera su posición.

Un día de 1547 llegó de Alemania Ruy Gómez de Silva con órdenes del emperador para sus hijos. Felipe debía acudir a reunirse con él en Flandes haciendo previamente un largo viaje por Italia y Alemania, para ser conocido en estos lugares de Europa. Además, de inmediato se implantaría en palacio la solemne etiqueta borgoñona, para presentar con fastuosidad al príncipe con vistas al futuro del imperio.

María, mi hermana, se casaría con nuestro primo Maximiliano, el hijo mayor de nuestro tío Fernando y ya rey de Hungría y Bohemia por herencia materna de los Jagellon; tras su boda ambos quedarían como regentes durante la ausencia de Felipe.

Yo contraería matrimonio cuando tuviera edad con el príncipe Juan Manuel, el hijo de los reyes de Portugal. En vida, nuestra madre había recomendado a nuestro padre que procurase la boda portuguesa de María. Al final, su deseo se cumplió en mí.

Yo aún tenía doce años y no sentí especial disgusto. Portugal era la tierra de mi madre y de mi segunda madre, doña Leonor de Mascareñas; a mi alrededor había muchos portugueses, en especial mi paje Cristóbal de Moura. Conocía la lengua y me daba tranquilidad saber que la madre de mi futuro esposo era mi tía Catalina. Solo había que dejar pasar el tiempo.

Antes de la boda de María, pudimos ver las joyas que había dejado mi madre, para que la novia eligiese algunas. Las más valiosas, sin embargo, no estaban a nuestra disposición, pues pertenecían al soberano. De hecho, la perla *Peregrina* —una alhaja exquisita— fue el obsequio de bodas de nuestro hermano Felipe a su segunda esposa, María Tudor.

Siempre he sido muy amiga de las perlas, pero la mayor parte de mis joyas buenas no vinieron de la herencia de mi madre, sino de los presentes de mi matrimonio. Después de enviudar pude permitirme comprar algunas y procuré lucirlas con frecuencia en tantas ocasiones como me han dado la vida palaciega y el ceremonial borgoñón que hube de acatar.

En especial, quise que aparecieran en los diversos cuadros que me pintaron.

Un año después, en septiembre de 1548, se celebró la boda de María y Maximiliano. Felipe y yo fuimos los padrinos. María se mostraba contenta y a mí me tranquilizaba ver su rostro alegre, aunque tenía pena de separarme de ella. Yo estrené mis primeros chapines y lucí algunos aderezos de mi madre.

El emperador decidió entonces que me trasladara a Toro. Esa mudanza fue para mí una fuente de gran sufrimiento, pues me separaba de mi hermana. Venía conmigo el pequeño Carlos, el hijo de mi hermano, que era un niño delgadito y difícil de contentar. Doña Leo-

nor de Mascareñas, que también había criado a Felipe, era su aya principal.

Yo dedicaba mucha atención al pequeño y él se pegaba a mí todo el día, y gritaba cuando sus ayas se lo llevaban. ¡Dios sabe cuánto quise a este niño, mi sobrino, y cuán mal me lo pagó, quizás sin culpa! Ha sido una de mis grandes causas de dolor...

En Toro pude continuar mi educación y leí mucho, gracias a que la biblioteca del palacio estaba bien surtida. Para conseguir algunos libros tenía que sortear diferentes controles de mis damas y de los eclesiásticos y profesores. Pero con la ayuda de mis pajes y meninas, lograba libros que escondía en lo más profundo de mis bolsas de labores.

Leí mucha poesía: Jorge Manrique, Boscán y Garcilaso, Hernando de Acuña, Gutierre de Cetina y otros. Leí la *Divina comedia* de Dante y los poemas de Petrarca en su lengua nativa. También pude acceder a algunas comedias de Plauto y tragedias de Esquilo. E igualmente, si mal no recuerdo, leí la *Odisea* de Homero en la versión latina de Ovidio, pues nunca aprendí griego, pero me defendía en latín.

En Toro estaba a mi servicio una mujer enana llamada Magdalena, que era algo lectora. Ella consiguió hacerme llegar en una cesta de ropa limpia dos libros que yo desconocía y que me abrieron los ojos a realidades extrañas. Uno se titulaba *El Lazarillo de Tormes* y contaba la historia triste de un pícaro que tenía que va-

larse por sí mismo para salvarse del hambre. Conocí así una España distinta, a veces cruel y miserable; yo me preguntaba cómo el autor desconocido podía mantener tan buen humor ante lo que a mí me hacía llorar.

El otro libro era la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. En él se mostraban los bajos fondos de las mujeres que vendían su cuerpo y los engaños del amor en una noble joven. Aparecía una terrible mujer llamada Celestina que manejaba a todos. Con ellos me di cuenta de lo mucho que desconocía del mundo. Me propuse observar más y ser más reflexiva.

Pero mis principales lecturas eran religiosas. Recuerdo el *Flos sanctorum*, los *Morales* de San Gregorio, el *Abecedario espiritual* y tantos otros. Me gustaba en especial el Kempis. Aún no lo sabía, pero me inclinaba por lo que entonces se llamaba la *devotio moderna*, más intimista y espiritual y menos formalista que la común.

Me sentía confusa, pues ninguno de los capellanes del palacio de Toro parecía comprender mi alma, atraída por la vida religiosa, pero destinada por nacimiento a una vida cortesana y regalada. Me atraía la soledad, pero era con frecuencia el centro de la atención ajena y recibía muchas alabanzas que me turbaban.

Aunque me decían que mi madre no solía exteriorizar sus emociones, yo sí lo hacía, y en mi rostro podía leerse lo que pasaba por mi alma. Por dentro me armaba de valor y me decía: no me dejaré cambiar, viviré

conforme a mi pensamiento y deseo. Pero tenía muchas dudas.

Pensé entonces en el padre Francisco de Borja y le pedí por carta que fuera a Toro. Me habían hablado de los ejercicios espirituales que dirigían los jesuitas. Decían que iluminaban de manera especial el alma. Necesitaba orientación para afrontar el futuro.